

escelente catecismo, y buenos métodos para oír misa, para recibir los Sacramentos, para las oraciones de la noche y de la mañana y para hacer todas sus oraciones de un modo meritorio; y tenían siempre presentes estas instrucciones, y la práctica continua de ellas se las grababa cada día mas y mas en la memoria.

El P. Gravier fué quien fundó esta hermosa mision con un trabajo increíble, sin embargo de que el país no es tan áspero como lo demas del Canadá, antes bien es la parte mas agradable y fértil de las regiones interiores de la América septentrional. La riegan caudalosos rios de un extremo á otro, y tiene unos prados tan hermosos como los mejores y mas bien cuidados de la Europa. Sin contar los pequeños bosques que á trechos coronan los collados, hay dilatadas selvas que hacen muy bellas vistas, y una pintura variada, con tales primores, que cada vez que se la mira, causa nuevo placer. Aunque este país cae mas al Sur que la Provenza, es mucho menos caliente, porque le refrescan los bosques y sus muchos rios, arroyos, lagos y estanques. Es verdad que allí es mayor el frio, pero no lo es tanto que los hombres no puedan vivir desnudos y sin mas ropa que una banda con que cubren la cintura. Los campos están llenos de bueyes silvestres, ciervos, cabras y otros animales monteses. En aquellas praderas se ven cuatro ó cinco mil bueyes hasta lo que alcanza la vista. Además de ser su carne muy sana, tienen un pelo muy fino, ó una especie de lana que sirve para hacer varias telas. Los cisnes, las abutardas, los gansos y otras aves acuáticas cubren las aguas y las riberas. Con solo una legua que se camina por las tierras, se hallan bandadas de trescientas pavas y pavos, tan buenos ó mejores que los que se crían por acá, y por lo comun de treinta y seis libras. También hay frutas en abundancia, y los lugares pantanosos dan varias raices, y algunas muy sabrosas. En una palabra, entre todos los países que se comprenden en el Ca-

nada, ninguno hay que sea tan abundante y delicioso.

Pero ¿qué importa la hermosura del terreno en un país sin leyes, sin costumbres y casi sin habitantes? En la bella comarca de los ilineses, que se estiende de Norte á Mediodia tanto como el rio que lleva su nombre, en una longitud de cerca de doscientas leguas, y una latitud de mas de ciento, no habia mas que once aldeas, y tres solamente eran de alguna consideracion. La que estaba mas al Sur, á orillas del Mississipi, distaba veinticinco leguas de la del centro, y mas de cien leguas de la tercera, la cual distaba todavia ochocientas leguas de Quebec. Sin embargo, era preciso pasar continuamente de una aldea á otra, y acudir por las cosas de primera necesidad á la ciudad de Quebec, atravesando aquellos espacios inmensos, donde no hay posadas ni caminos, y estan continuamente infestados por partidas de salvajes y antropófagos. Muchas veces se ven precisados los misioneros á viajar con tres ó cuatro neófitos, sin mas auxilio que la caza; y si esta faltase, habria que morir de hambre. Para evitar estos inconvenientes, se viaja siempre que se puede embarcándose en canoas de corteza de árboles, que se llevan de una orilla á otra; pero estos frágiles esquifes, suelen romperse muchas veces en los países septentrionales con los hielos que se encuentran en los rios, y entonces no hay mas remedio que ir saltando de un témpano á otro, hasta ver si se puede llegar á la orilla.

A esta se concedió la gracia de la salvacion á los ilineses y á sus vecinos los akenas; pero fué tan fructuosa, que pareció poco el trabajo que habia costado proporcionarles este beneficio. Perseveraron invenciblemente aquellos buenos salvajes en la fé cristiana, y en su afecto inviolable á la nacion que se la habia dado á conocer; y despreciaron todas las sollicitaciones y amenazas de los demás salvajes, que se conjuraron despues para exterminar las colonias francesas de la Luisia-

na. «De los franceses (respondieron unánimemente sin detenerse) hemos recibido el conocimiento del gran Genio, y la práctica de la oracion que guía á la verdadera felicidad: nuestros cuerpos les servirán de baluarte cuando se trate de acometerlos; y antes que tocarles al pelo de la ropa, será menester que á nosotros nos hagan pedazos. Oimos con respeto (dijeron en otra ocasion) los mandamientos del gran rey, nuestro padre, y aun mas á los Ropas-negras (los jesuitas) cuando nos dirigen la palabra del gran Genio, Rey de todos los reyes, porque la mejor de todas las palabras es que siempre se necesita estar adicto á la oracion, como al único medio de ser feliz en este mundo y de serlo infinitamente mas en el otro.»

La California, que es la region mas remota al poniente de la América, y está casi separada de este Nuevo-Mundo, no fué mas inaccesible que el continente á la luz del Evangelio. Penetró esta en aquel país el año 1697 con los PP. Piccolo y Salvatierra (1). A la primera vista de estos dos españoles, imaginaron los naturales del país que iban á apoderarse de la pesca de las perlas que abundan en sus costas; y sin consultar mas que su terror pánico, dispararon una nube de flechas y guijarros, de que solo pudo preservar el cielo á sus ministros. Pero como aquellos pueblos, dotados de un genio vivo y de un corazón recto, comprenden muy bien las razones que se les presentan, y se rinden con docilidad cuando llegan á convencerse, luego que se les dieron á entender las estravagancias de la idolatria, y la felicidad suprema que se trataba de proporcionarles por medio del cristianismo, acudieron en gran número á pedir el bautismo, y asistieron con mucha puntualidad á las instrucciones que les dijeron ser necesarias para disponerlos á recibirle. La inconstancia que les es comun con todos los salvajes, hacia temer que á pesar de su ardor volviesen á sus

supersticiones. Por eso se les tuvo dos años en la clase de catecúmenos, á escepcion de cierto número de niños que apenas se separaban de los misioneros y les pedían todos los días el bautismo con tales instancias y lágrimas, que se creyó poder dispensar con ellos el rigor de las reglas, sin esponerse á ningun peligro. Se bautizaron también algunos enfermos y ancianos, por el temor de una muerte próxima.

Despues de estos principios de la mision, se esparcieron los dos celosos pastores por aquella grande península, el P. Salvatierra al Oriente, y el P. Piccolo al Poniente, á fin de recoger todas las ovejas dispersas que pudiesen incorporarse al rebaño del Eterno Pastor. Con mucho dolor y sentimiento vieron aquellos Apóstoles de Jesucristo uno de los mas hermosos países del mundo sujeto tantos siglos al imperio de Satanás. Hallaron vastas llanuras, valles deliciosos, pastos inmensos, montes bien arbolados, hermosos manantiales y rios y costas de pesca exquisita y abundante. Es tan fértil el terreno, que muchos árboles y arbustos dan fruto tres veces al año. En casi todas las estaciones hay grandes alfonsigos de muchas especies, higos de todos colores y muchas frutas delicadas que solo se encuentran allí. La misma abundancia se advierte en cuanto á las legumbres, y las de Europa crecen allí del mismo modo que las del país. Hay catorce especies de grano con que se alimentan los hombres, sin contar las raices de muchas plantas, con que se hace pan y varias pastas ó masas. Además de los animales conocidos en Europa, cuya carne es buena para comer, como los ciervos, las liebres, conejos, perdices de un gusto exquisito y en grande abundancia, gansos, patos, pichones etc., hay otros muchos, siendo los mas notables dos especies de carneros muy grandes. Es muy delicada su carne, y tienen mucha mas lana que los nuestros.

En medio de esta fertilidad que ofrece la

(1) Cart. edif. t. 8, p. 53 y sig.

tierra por sí misma, los californios casi desnudos, y contentos por la mayor parte con lo que basta para vivir, miran todo lo demás con indiferencia. El país está muy poblado, así por razón de la gran salubridad del aire, que les preserva de las enfermedades mas comunes en otras partes, como por estar aislado y libre de las correrías de los salvajes errantes, que destruían continuamente las demás regiones de América. Rara vez se andan dos ó tres leguas tierra adentro, especialmente hacia el norte, sin hallar grupos compuestos de veinte, treinta, cuarenta ó cincuenta familias; pero no tenían casa. La sombra de los árboles los defiende de los ardores del sol en los días serenos: por la noche y cuando hace mal tiempo, se ponen debajo de enramadas, y durante el invierno están encerrados en cuevas. La ocupación mas ordinaria de hombres y mugeres, es hilar una especie de algodón que sacan de las vainas de ciertos frutos, ó de unas yerbas largas y estoposas que les suministra la naturaleza á menos costa.

En cinco años formaron los misioneros tres misiones, y dieron principio á otra. La primera, llamada nuestra Señora de Loreto, comprendía nueve poblaciones; la de San Francisco Javier, once; la de nuestra Señora de los Dolores, tres, pero muy pobladas; y la cuarta, llamada San Juan de Londo, aunque todavía incipiente, tenía ya cinco además de dos habitaciones nuevamente descubiertas, á las cuales se instruía sin cesar. Esto hicieron dos misioneros en cinco años; de manera, que fué necesario enviarles cooperadores, porque la actividad de su celo no bastaba absolutamente para la muchedumbre de los catecúmenos. No bastando por la misma razón las capillas que se edificaron al principio, se construyeron iglesias espaciosas con paredes de ladrillo y con toda la magnificencia que permitían las circunstancias.

En el mismo año 1697 hizo el Evangelio los mismos progresos, pero de un modo toda

via mas maravilloso, en la otra estremidad del Nuevo-Mundo (1). La conversión de los canisios, en particular, fué una obra visible de la mano de Dios. Aquellos barbaros feroces, retirados en las selvas y en los montes intransitables del Perú, y en la parte mas remota de aquel imperio, no tenían religion ni superstición. Aunque tenían ideas bastante particulares del Ser Supremo, no daban honor á Dios ni á los demonios, ni á ningun ser invisible. Andaban enteramente desnudos, así hombres como mugeres. No tenían ninguna apariencia de leyes, ni residencia fija, ni otra habitación que las selvas, donde cada madre con sus hijos, los tenía aparte su cueva ó matorral como los animales mas feroces. Su torba mirada y verdaderamente siniestra anunciaba ya toda su ferocidad. Se hacían una guerra cruel unos á otros, y se comían casi vivos los prisioneros que caían en sus manos.

El P. Estanilao Arlet, sin ninguna escolta y sin mas compañía que los pocos neófitos necesarios para servirle de guías y de intérpretes, se atrevió á internarse en aquellas selvas detestables. Al instante le salieron al encuentro mil y doscientos ó mas salvajes armados con flechas y dardos. Por fortuna no habian visto jamás caballos ni hombres vestidos. Al primer aspecto del misionero, el cual no se habia apeado todavía del caballo, se les cayeron de las manos el arco y las flechas: creían que el caballo y el hombre eran un solo y mismo animal, y el encuentro de un monstruo tan nuevo en sus selvas, les inspiró un terror que los dejó inmóviles. Los tranquilizó un intérprete, dándoles á entender, que en lugar de monstruos maléficos eran unos hombres como ellos, y unos hermanos compasivos que iban desde el otro extremo del mundo á enseñarles al Señor Supremo, y hacerlos partícipes de la felicidad que destina á sus siervos; y añadió alguna instrucción de las mas perceptibles para

(1) *Cartas edif. t. 8, p. 39 y sig.*

ellos, acerca de la inmortalidad de nuestras almas, de la eternidad de los premios futuros, y del fuego espantoso de que no podrían librarse si cerraban los ojos á la luz que se les llevaba desde países tan distantes.

Era este el momento de la gracia para aquel pueblo infeliz. Esta ligera instrucción los conmovió extraordinariamente, y desde entonces no cesaron de presentarse en gran número al padre de sus almas. Le buscaban, le acompañaban á todas partes, como las ovejas que siguen los pasos al pastor, y solo se apartaban de él para ir á buscar y presentarle millares de infieles. Muy luego seis naciones muy pobladas, ó por mejor decir, los habitantes numerosos de seis grandes selvas, le enviaron diputados para pedirle su amistad, asegurarle de la de ellos, y prometerle que le acompañarían y se fijarían en donde él quisiese. Con efecto, por disposición del misionero se estableció esta nueva cristiandad en una comarca fértil, cómoda y agradable, cuanto podia permitirlo un desierto. Tiene al Oriente y al Mediodía una llanura de muchas leguas de estension, cubierta á trechos de grandes palmeras que anunciaban la bondad del terreno. Por el lado del Septentrion hay un rio caudaloso y de mucha pesca, y al Occidente montes de árboles odoríferos de extraordinaria corpulencia y muy á propósito para la construcción. Hay en ellos ciervos, javalies y todo género de caza. Todo lo que allí se come, sale del monte y del rio. No se veía en aquella mision, ó á lo menos no se vio en ella por mucho tiempo, mas pan y vino que el que se necesitaba para la misa. La población en que cada familia tenía su casa, estaba dividida regularmente en calles y plazas públicas. Al principio no habia mas que una capilla grande; pero no sosegaron aquellos buenos salvajes, hasta que edificaron al Señor Supremo (así llamaban á Dios) una casa mas digna de él.

Hé aquí, en un solo rasgo, la segura garantía de su conversión tan sólida y sincera como

pronta habia sido. Nadie ignora el grande obstáculo que por lo comun ofrecen á la conversión de aquellos barbaros la pluralidad de mugeres y los escesos de la incontinencia, que habian reducido á los canisios, aun mas que á los otros salvajes, á la condicion de los brutos y de los monstruos. Sin embargo, al primer discurso que les hizo el misionero sobre este punto con toda la reserva que exigía la delicadeza de la materia, toda la población, escepto tres familias, se redujo inmediatamente á los terminos de la castidad conyugal y rigurosamente cristiana. No costó mas trabajo el corregirlos de la embriaguez, vicio igualmente radicado entre ellos y facilitado por la abundancia de frutas y raíces que tienen á mano para hacer, por medio de una corta fermentación, una bebida muy fuerte y espirituosa. Uno de los principales cuidados fué evitar la indecencia y la inmodestia. Las mugeres aprendieron á hilar, á tejer y hacer vestidos; pero mientras se lograba el fruto de su trabajo, hombres y mugeres se sirvieron de hojas y cortezas de árboles para cubrir la desnudez del mejor modo posible. Todo se innovó en ellos con rapidez. En menos de un año adquirieron grandes sentimientos, no solo de humanidad, sino tambien de aquella beneficencia generosa y sobrehumana que merece el nombre de caridad. Tambien aprendieron á ser corteses: se saludaban afectuosamente siempre que se encontraban, y se ofrecían unos á otros cuantos buenos oficios dependiesen de ellos. Si antes iban, como los tigres y las hienas á acechar á los extranjeros para devorarlos, ahora iban á buscarlos y los llevaban á sus poblaciones para ejercer con ellos una hospitalidad proporcionada á sus cortas facultades. Ejemplos tan patéticos no podían menos de tener imitadores; y así se vió que la nación particular de los canisios no fué la única que hizo admirar en aquellos países la fuerza de la gracia y la celeridad de sus triunfos. Diez años despues de haber recibido ellos la fé, se

contaban ya bautizados mas de cuarenta mil barbaros casi semejantes á ellos, los cuales honraban generalmente el bautismo con unas virtudes de que hay pocos ejemplos aun entre los domésticos de la fé.

No trataremos de referir todas las maravillas que obró la palabra de Dios por este mismo tiempo entre los pueblos innumerables del Nuevo-Mundo; porque ¿cuánto no nos entenderíamos si hubiéramos de explicarlo todo, aun cuando no hiciésemos mas que nombrar las naciones convertidas, ó solamente evangelizadas desde el golfo de Méjico hasta las tierras á que dió nombre el célebre Magallanes, y en todo el curso del Marañon y del Orinoco, que es de mil y quinientas á mil y ochocientas

leguas: en las lagunas y en los montes intransitables de los moxos, chiquitos, baurós, y aun de los chiriguanos, que por tanto tiempo se habian mirado como incapaces de recibir el cristianismo: mas allá de Tucuman, en los arenales estériles que hay al Sudeste, desde Chile hasta cerca del país de los patagones, sin contar los guaranis, los paresias, los piñocas, los guatos, los guapsos y otros muchos antropófagos, de los cuales se formó, en el Pontificado de Inocencio XII, la incomparable cristiandad del Paraguay, que en el Pontificado siguiente ofreció ya á la Iglesia el asombroso espectáculo de una inocencia y de un fervor desconocidos despues de los tiempos apostólicos?

### LIBRO OCTOGÉSIMO-TERCERO.

**Desde el principio del Pontificado de Clemente XI en el año 1700, hasta el primer decreto de la Santa Sede contra las REFLEXIONES MORALES en el de 1708.**

Entre los Papas de que los últimos novadores han pretendido dar una idea falsa en sus libelos, importa sobre todo conocer bien á Clemente XI, el cual, dos meses despues de la muerte de Inocencio XII, subió á la Santa Sede en 30 de noviembre de 1700, ó por mejor decir, fué llevado á ella como por fuerza por el voto unánime y por la perseverancia invencible de los cincuenta y dos cardenales del conclave, muy dignos por la mayor parte de ocupar ellos mismos la Cátedra

de San Pedro. Son de una edificación tan particular las circunstancias de esta eleccion, que no tememos ser molestos en referirlas. Por otra parte, la renuncia sincera del episcopado, y con mucha mas razon la del Sumo Pontificado, es una prueba tan segura como rara de la dignidad del sugeto que la ofrece.

Al primer aviso que tuvo el cardenal Albani, ó Clemente XI, de que en menos de cuatro horas de deliberacion se habian reunido en su favor todos los votos, dió muy bien á

entender con la turbacion que se apoderó de todos sus sentidos, que su modestia no le habia permitido jamás pensar que pudiesen poner los ojos en él (1). La sorpresa no le permitió hablar por algunos momentos; pero recobrado algun tanto, dijo, lleno todo de sobresalto, que se conocia tan indigno de la Silla apostólica, que nunca permitiría que le elevasen á ella: que en el Sacro Colegio no faltaban sugetos á propósito para ocuparla incomparablemente mejor que él; y que si sus colegas querian cumplir con su obligacion en un punto tan esencial, tratarian prontamente de elegir otro Pontífice. No causó maravilla verle pensar tan humildemente de sí mismo, aunque se esperaba que se lograria reducirle, en una cosa que parecia visiblemente estar en el orden de la Providencia y de la voluntad divina. Pero sucedió todo lo contrario; porque apenas se calmó la primera sorpresa, hizo reflexiones mas profundas, y tuvo tan gran pesadumbre que le entró calentura con vómitos terribles. Le fué preciso quedarse en cama, donde pareció que no podia recibir mas consuelo que el que no querian concederle. Al contrario, toda Roma estaba en movimiento para obligarle en cierto modo á consentir: parientes, amigos, ciudadanos de todas clases, grandes y pequeños, ricos y pobres, todos acudieron, unos á las puertas del conclave, otros al pie de los altares, para pedir á Dios y á los hombres los medios de hacerle ceder. Los cardenales iban y venían á su aposento, usando de toda su destreza para vencer su resistencia; pero él hacia los mayores esfuerzos para moverlos á desistir de su empeño.

Por última tentativa emprendió el cardenal Camus convencerla en regla de que no podia resistir mas tiempo al Sacro Colegio sin resistir al mismo Dios. Armado con el Pastoral de San Gregorio fué á presentarse en el aposento de Albani; pero cansado el enfermo de

tantas visitas, cuyo objeto era contradecirle constantemente, mandó responder que necesitaba descansar un rato: con lo que no entró el nuevo solicitador. Tenia este por conclave al abate Tencin, que despues fué cardenal, jóven amable, hábil en dirigir un asunto, y muy querido de Albani. Mas perseverante que su cardenal, vuelve al aposento del enfermo, espera, observa, se aprovecha del momento favorable, se presenta y es bien recibido. A pesar de que Albani estaba muy afligido, no pudo menos de sonreirse al verle entrar armado de un grueso volumen para predicarle mejor. Parando no obstante la consideracion en que todos, mozos y viejos, trataban igualmente de reducirle, oyó sin inquietarse el pasage del Pastoral, en que se dice, que renunciando por humildad el mas distinguido honor, se dejaria de ser humilde si no se obedeciese á la voz de Dios cuando se nos manifiesta por la unanimidad de votos. Sin embargo, insistiendo todavia en su indignidad, respondió: «Eso estaria bien si tuviese yo las cualidades que se requieren.» Hizo declarar despues á los cardenales que los citaba á todos al tribunal del Juez Supremo, y que si no desistian de su pretension, responderian en aquel dia terrible de las faltas inevitables que le hiciese cometer su insuficiencia en un puesto tan elevado, y que ellos serian responsables á la Iglesia de las fatales consecuencias que se podian seguir. Aumentóse sin embargo su pesadumbre; pasó dos dias y dos noches llorando, y se vió mucho mas atormentado que antes, porque empezaba ya á recelar que su resistencia pudiese ser obstinacion. Con este recelo eligió entre los mas hábiles doctores que habia en Roma cuatro religiosos de los mas virtuosos que conocia, á saber: el P. Varessa, observante; el P. Masoulie, dominico; el P. Alfaro, jesuita, y el P. Tomasi, teatino, que despues fué cardenal. Hizo que se les propusiesen estas dos cuestiones: si podia con seguridad de conciencia aceptar el Pontificado, á pesar del

(1) Vida de Clem. XI por Mr. Lafiteau.